

DE MADAME BOVARY A MARILYN MONROE

Por CARMEN MARTIN GAITE

EN la primavera de 1856, un escritor francés provinciano, de salud precaria y enorme fuerza de voluntad, casi desconocido pero ambicioso de notoriedad y de gloria, daba los últimos retoques a una historia que se traía entre manos desde hacía cinco años y que estaba llamada a ser tan viva y apasionante como la más real de las historias. Su protagonista era (y es, porque nos la seguimos encontrando rediviva por todas partes) una mujer incapaz de mirar la realidad ni de aceptar el agobio que le producía sentirla rondando en torno suyo, continuamente en pugna con sus vagos y apasionados anhelos. La historia terminaba con el suicidio de esta mujer que, por haber llegado a ser tan de carne y hueso como cualquier personaje no inventado, murió, pues, como digo, en 1856, a causa de haber ingerido voluntariamente una fuerte dosis de arsénico, en Yonville, lugar a ocho leguas de Rouen, donde su marido —que la adoraba— ejercía de médico rural. Murió en la plenitud de su belleza y de su edad, deseada por cuantos hombres la habían visto, tanto por los que la llegaron a tener en sus brazos como por los que no: se llamaba Emma Bovary.

Un siglo más tarde, en el verano de 1962, por agosto creo que era, todos los periódicos traían una desconcertante y sensacional noticia: de resultados de la ingestión de un tubo entero de Nembutal, una mujer nacida treinta y seis años atrás en un miserable barrio de Los Angeles, y apuntada en los registros como Norma Jean Baker Mortenson, había aparecido muerta, tendida en la cama de un lujoso apartamento de Hollywood, con el brazo alargado hacia el teléfono. La belleza de su cuerpo y de su rostro eran irresistibles, hablaba y se movía con descaro, se había casado tres veces y era en aquellos momentos una de las actrices más populares y cotizadas del mundo. El nombre que le había dado la fama era postizo y bajo él quiso cubrir y olvidar las imágenes de su horrible infancia; un nombre que, al desaparecer ella, dejó detrás de sí, unido a su peculiar tintineo, ese hondo rastro de perplejidad y malestar que a todos nos perturba cada vez que, por azar, vuelve a surgir de repente, de las páginas de alguna revista, la carcacha provocativa de aquella guapísima chica rubia que nadie había dudado en proclamar como reina del impudor y el desenfado, la «pin-up» por excelencia, continuadora en el cine de la línea erótica creada por Jean Harlow. A la suicida de 1962, en efecto, todos la conocíamos por ese

alegre nombre que, al saltarnos hoy a la cara, parece salpicar alguna parcela de nuestra conciencia. Era su nombre de batalla y de muerte: Marilyn Monroe.

En el plazo de tiempo transcurrido entre estas dos muertes, y posiblemente, en parte, a causa de la repercusión que tuvo el claro análisis hecho por Flaubert del proceso psicológico que dio lugar a la primera de ellas, se ha venido parando mientes con creciente alarma en el ocio de las mujeres. Es sabido que los alicientes inventados por la sociedad para esquivar este peligroso escollo se multiplican cada día con mejor o peor fortuna, y que aumenta también la lista de quehaceres a los que una mujer —sin que nadie tenga que tacharla por ello de fantasiosa ni excepcional— ha podido llegar a dedicarse. ¡Qué gama de posibilidades tan inconcebible para madame Bovary! Un mundo de posibilidades que habría fascinado su pobre mente atónita, siempre a merced de la inercia y solamente capaz de adherirse a lo insospechado, a lo mágico. Recordemos aquellos paseos que daba por el campo, de recién casada, en compañía de su perrita, cuando ya la casa empezaba a caerle encima; cuando, decepcionada del amor conyugal, evocaba sus lecturas juveniles y se consumía en deseos de adivinar «lo que significarían exactamente en la vida las palabras de felicidad, pasión y embriaguez que le habían parecido tan hermosas en los libros»; salía al campo no para verlo, sino porque soñaba con acontecimientos maravillosos que al aire libre podrían tener lugar; porque se ahogaba en casa, porque, mientras su marido estaba trabajando, ella no lograba interesarse por ningún quehacer que exigiera concentración y sosiego («le pasaba con sus lecturas como con sus labores, que, una vez comenzadas, se le iban amontonando en el armario; las cogía, las volvía a dejar, empezaba otras»); salía para dejar de ver el busto de Hipócrates y «el eterno jardín con su camino polvoriento», por puro afán de huida y, ya una vez lejos de la casa, sentada sobre el césped, mientras lo hollaba distraidamente con la punta de la sombrilla y veía a su perrita dar vueltas persiguiendo mariposas, se preguntaba si su vida no habría podido ser otra. En absoluto se le ocurría preguntarse si habría podido participar ella en provocar tal cambio ni buscaba dentro de sí alguna fuerza que pudiera estar aletargada; se limitaba a acariciar la idea de que ciertas combinaciones del azar hubieran podido dar lugar a un destino diferente. Llegaba a **SIGUE**



La señorita madrileña. 1830.



LA LIBERACION DE LA MUJER EN MARTHA'S VINEYARD

MARTHA'S Vineyard, Massachusetts.—Aquel miércoles, cada cual celebró a su modo el Día de la Liberación de la Mujer. Y hasta en un hermosa isla como ésta, las mujeres protestaron, también a su modo.

Yo no me di cuenta de que era el Día de la Liberación de la Mujer hasta que llegué a la cancha de tenis y oí decir a mi mujer, al comenzar un juego de dobles:

—Hoy no voy a servir.

—¿Cómo que no vas a servir?

—Estoy hasta las narices de servir siempre —contestó ella.

—Pero es que entonces no podemos jugar.

—¡Ah! —replicó—, esta es la primera vez que reconocen que el hecho de que yo sirva significa algo.

—Siempre he admirado tu servicio. Lo haces muy bien —dije.

—Bueno, pero hoy no lo haré. Puedes servir tú por los dos.

Miré hacia el otro lado de la cancha y vi que los Styron estaban enzarzados en una viva discusión.

—¿Estáis listos? —les pregunté.

—Rosa dice que no va a servir hoy —gritó Styron.

Y entonces recordé que era el Día de la Liberación. Miré las otras canchas. Ninguna mujer servía.

—Rosa dice que yo tengo que hacerlo por ella —continuó Styron—. Afirma que todas las mujeres de la isla han acordado eso. Están cansadas de ser oprimidas en las canchas de tenis.

—Bueno —dije—. Serviremos por ellas, si es que tanto importa.

—Nosotras también deseamos que en la isla haya centros para atender a los niños —dijo mi mujer—. Estamos cansadas de atenderles todo el día.

—Pero, ¿no podemos hablar de todo eso después del juego? —pregunté.

Y Styron interrumpió, gritando:

—Rosa dice que no jugará mientras las mujeres no puedan abortar siempre que quieran.

—Está bien —contesté—. ¿Estáis listos para jugar?

—No, no jugaré hasta que las mujeres tengan igualdad de oportunidades en el trabajo —dijo mi mujer.

—Ahí la tienes —comentó Styron.

El juego comenzó mal. Yo servía a Rosa, que lanzó la pelota fuera de la cancha.

—¡Chauvinista! —gritó ella.

Styron pasó una pelota junto a la oreja de mi mujer, quien exclamó:

—¡Sexista!

A pesar de las quejas, las mujeres jugaron muy bien. Descubrimos después que el capítulo local del Movimiento para la Liberación de la Mujer había aconsejado a todas las jugadoras que se imaginaran que la pelota era la cabeza de sus maridos, lo cual pareció darles más confianza en sí mismas.

Styron y yo tuvimos que servir todos los juegos y cuando nos retiramos, las mujeres estaban frescas como margaritas.

—Quiero que sepas —me dijo mi mujer al acostarnos— que, aunque apoyo el Movimiento de Liberación de la Mujer, estoy dispuesta a cumplir con mis deberes de esposa.

—Todo eso está muy bien, pero no me interesa. Estoy agotado de tanto servicio.

(Copyright 1970, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc., Agencia Zardoya.)

envidiar a sus compañeras de colegio, a pesar de que no conservaba de ninguna un recuerdo preciso, sólo porque estaba convencida de que la suerte las habría tratado mucho mejor. «¿Qué harían ahora? En las ciudades, entre el ruido de las calles, el ajeteo de los teatros y la luz de los bailes, vivirían con el corazón dilatado y los sentidos en continua expansión. Pero su existencia, en cambio, era fría como una buhardilla con tragaluz al Norte, y el hastio, araña silenciosa, tejía su tela en la sombra, por todos los rincones de su corazón». Si de pronto un día, en medio de tales reflexiones, por uno de aquellos prodigios que siempre parecía estar esperando que acontecieran llovidos de las nubes, le hubiera sido concedido a Emma Bovary mirar por una bola de cristal y conocer a Marilyn Monroe, así, sin más ni más, destrozando las barreras de futuro alzadas para aislarla por siempre jamás de ella, topársela allí al fondo del vidrio en carne y hueso, tumbada sobre pieles de leopardo, reflejada en espejos de tres cuerpos, posando con su larga pipa de «vamp» para docenas de fotógrafos, llegando entre una multitud ávida de autógrafos a los estrenos de sus películas, tan llamativa y fastuosa; contestando a los periodistas con aquel cinismo superado a fuerza de naturalidad («¿Qué se pone usted para dormir?»). «Chanel número cinco»), poco le habría importado a Emma Bovary, tan reacia a cualquier tipo de análisis, preguntarse por el precio que habría tenido que pagar Norma Jean Baker para llegar a ser aquella fascinante Marilyn que hacía carne de cañón de su propia carne; poco le habría importado averiguar si su madre, Gladys Baker, que la parió de soltera, había perdido o no la razón poco después; ni si a la niña Norma, malcreciendo en hogares de vecinas, un caballero de familia conocida (razón por la cual se echó tierra al asunto) la había violado o no a los nueve años. Emma Bovary, en fuga perpetua de su propia realidad y de cuanto pudiera darle noticias de ella, poco se iba a meter a hurgar en la de ese otro mundo hostil, planeando al acecho sobre aquella mujer cuyo descubrimiento la deslumbraba; solamente se le habría ocurrido dirigirse a ella como a una deidad, como al hada madrina de la varita mágica, e hincada de rodillas ante su aparición le habría preguntado con vehemencia: «Pero, ¿es posible?, ¿es cierto que se puede vivir así? ¿Y yo, dime, y yo? Dime en seguida lo que tengo que hacer para ser como tú, para comprarme esas ropas y esas pieles y esos espejos, para ver tanta luz

como ves tú, para andar con ese aire de desafío con que tú andas y conocer a tanta gente como tú conoces, para que me inviten a las mismas fiestas, para aprender a echarme en la cama y fumar y reírme y oler igual que tú, para despertar tanto deseo como tú despiertas; óyeme, por favor, te lo suplico; quiero ser como tú, vivir como tú vives». Y tal vez Marilyn, levantando la vista hacia aquella provinciana exasperada de la sombrilla, entornando los ojos para mejor mirarla desde lejos —desde el extremo de los ciento seis años que las separaban—, podría haber respondido a tan singular perorata con una boutade muy de las suyas: «Oye una cosa, encanto, ¿y morirte como yo también te gustaría?».

* * *

De dos vidas tan aparentemente opuestas podría, en efecto, sospecharse cualquier cosa menos que iban a tener idéntico final. Pero deteniendo la mirada un poco más profundamente en el asunto puede no parecer tan extraño lo que voy a añadir: que esa identidad entre los suicidios de madame Bovary y de Marilyn Monroe no es accidental, sino que alcanza a las enredadas causas que los motivaron y que los venían haciendo sospechables desde mucho tiempo atrás, no porque tales causas fueran argumentalmente las mismas, desde luego, sino porque los errores fundamentales arraigados con idéntica fatalidad en la trama de aquellas dos vidas eran muy similares. Creo, en definitiva, que el paralelo entre madame Bovary y Marilyn Monroe no sólo puede hacerse considerando sus muertes, sino también sus vidas, regidas por vaivenes exteriores muy diversos, obedientes a muy distintos modelos de comportamiento, referidas a cánones de triunfo y fracaso que, aun cuando no fueron los mismos, se parecían en lo esencial: en que les venían impuestos desde fuera y en que no los supieron esquivar ni cuando nadaban al paio de ellos ni cuando a contracorriente; vidas, en fin, que se les fueron de la mano porque ellas no las supieron aguantar ni dirigir, porque no fueron capaces de dar con sus riendas, vidas de rienda suelta, sin dueño, padecidas las dos, no habitada ninguna de las dos.

Releyendo, por ejemplo, el capítulo IX de la segunda parte de la biografía de madame Bovary, se da una cuenta perfectamente del mimetismo esencial del personaje. Es uno de los momentos cruciales del relato. Emma, cuya necesidad de concebirse como otra distinta de la que



Maquinaria corsaria o modo de ajustarse el corsé.

es ha llegado a un punto culminante, acaba de entregarse a un seductor profesional, Rodolphe Boulanger, del cual no opina nada concreto porque solamente lo ha visto en función de la serie de emociones sucesivas que ha venido despertando sabiamente en ella. Es un acontecimiento muy significativo que va a configurar totalmente —ella lo intuye— los nuevos cerroteros de su vida; ha sido una esperanza acariciada a lo largo de muchísimas horas de exasperación y tedio. Y, sin embargo, esto que ha ocurrido, ¿lo ha querido ella por un movimiento autónomo de su voluntad o por obediencia a dictados y modas cuya validez nunca se le ha ocurrido andar poniendo en tela de juicio? Veamos la luz que nos arroja Flaubert, su biógrafo, sobre esta cuestión tan fundamental. Nos la describe mirándose al espejo, a raíz del soñado prodigio, maravillándose de la transformación operada en su rostro, de la desconocida profundidad de su mirada: «¡Tengo un amante! ¡Tengo un amante!, se repeta, deleitándose en esta idea como en la de una nueva puerbería que le hubiera sobrevenido. Así que, por fin, iba a conocer aquellos goces de amor, aquella fiebre de dicha que ya había desesperado de poder alcanzar. Estaba accediendo a algo maravilloso, donde todo iba a ser pasión, éxtasis, delirio...; la existencia corriente no se vislumbraba más que allá abajo, a lo le-

jos, en la sombra, entre los claros de las alturas. Se acordó entonces de las heroínas de los libros que había leído y el cortejo lírico de estas mujeres adúlteras se puso a cantar en su memoria con voces fraternas que la fascinaban».

Está dicho con toda claridad: no le interesaba el amante, sino la imagen que ella componía al tenerlo; su comportamiento se limitaba a acoplarse a modelos que había puesto en boga el romanticismo, al reconocerles a las mujeres su derecho a la pasión. Flaco servicio. Todas aquellas heroínas de los libros que ahora sentía hermanas suyas, y a las que desde niña había deseado parecerse, se habían dejado arrastrar desenfrenadamente por violentas pasiones, y la moda del tiempo les aplaudía y fomentaba ese sistema de enmascaramiento cuyas consecuencias pagamos todavía; de la misma manera ella, que «rechazaba como inútil cuanto no contribuyese a la consunción inmediata de su corazón», estaba condenada ya de ahora en adelante a exaltar y magnificar las emociones que el acceso a ese mundo mágico le tenía que proporcionar; emociones pre-juzgadas de antemano, como paisajes mirados por los ojos bobos de esos turistas que sólo son capaces de ver lo que trae la guía; evasiones, caminos de ceguera que cada vez habían de alejarla más de sí misma y del mundo. En ese momento, pues,

de la historia, cuando Emma Bovary se está mirando al espejo después de la entrega de su cuerpo —y ella cree que su alma— a su primer amante, está contenido ya el germen de todas sus decepciones y errores sucesivos, queda irremediablemente iniciado el proceso de desintegración de su persona que culminará en la destrucción final. Llegará un momento en que el cerco de la realidad será para ella tan estrecho que, aun cuando siga sin mirarla y en esa ignorancia muera, notará que no le sirve ninguna extravagancia de las que antes inventaba para justificar y sublimizar sus excesos pasionales, para darles nuevo aliciente. La imagen de sí misma, que tan celosamente modeló y en cuya complacencia se había venido alimentando, se le hará abiertamente añicos contra el suelo y se verá obligada a sentirlo así. Esto ocurre en el capítulo VI de la tercera parte de la historia, coincidiendo con los estertores de su relación amorosa con el joven abogado Leon Dupuis. Apuntalar a la desesperada esta relación, empeñarse en seguirla viendo como algo excitante y maravilloso, ha llevado a Emma a las mayores degradaciones. Hasta que un día tiene que confesarse que «no era feliz, no lo había sido nunca. ¿De dónde venía aquella podredumbre fulminante de todas las cosas sobre las que se apoyaba?... Nada valía la pena de ser buscado, todo era mentira. Cada sonrisa ocultaba un bostezo de hastío, cada alegría una maldición, cada placer un fastidio, y los mejores besos apenas si alcanzaban a dejar en los labios el irrealizable anhelo de voluptuosidades más altas».

Y, sin embargo, a pesar de esta breve ráfaga de lucidez, Emma Bovary murió en la mentira, creyendo que se envenenaba por la desesperación totalmente anecdótica de no encontrar dinero para saldar sus deudas; ciega, como había vivido siempre, y agarrada hasta el final históricamente a cuanto le permitía seguirlo estando. No supo, lo quiso olvidar, que se mataba porque su imagen se le había roto y porque ella no era capaz de buscar su identidad en otra imagen nueva y menos falsa. No era que nada valiera la pena de ser buscado tanto como que ella era incapaz de buscar nada más que por los caminos de la mentira.

A Marilyn, según parece inferirse (y nos tendremos que quedar siempre en las suposiciones, a falta de un biógrafo de la talla de Flaubert), su imagen se le debió romper y volver insertible a raíz de su tercer matrimonio con el escritor Arthur Miller, en 1956. Los

SIGUE

intelectualmente tanto como un hombre cuyas aptitudes no sean superiores a las suyas; pero, al mismo tiempo, les parecerá muy natural que esta mujer no consiga nunca una posición tan elevada como la de cualquier compañero de estudios; así, se da el caso increíble y absolutamente injustificable de que una maestra gane sensiblemente menos que un maestro. Así se da el caso de que, a pesar del número de nuestras estudiantes, nadie crea que el día de mañana tendremos un número bastante crecido de mujeres ejerciendo las carreras que cursan en la actualidad. Y de aquí esta consideración no formulada quizá, pero generalmente pensada: ¿Farmacéutica?... Bueno, al fin y al cabo, esta es una profesión retraída, sin influencia de ninguna clase. ¿Doctoras?... Bueno, también, pero circunscritas a especialidades que las distinguirán netamente de sus compañeros y, por consiguiente, las colocarán —las tendrán que colocar— en una situación inferior a la de éstos. Y bibliotecarias o cualquier otra profesión especialmente destinada a ellas, con sueldos especialmente inferiores también (las bibliotecarias, después de haber cursado tres años de estudios en una escuela especial para cuya admisión es necesario el grado o el título de maestra superior, obtienen destinos de treinta duros mensuales), no hay inconveniente. Pero profesiones que las pudieran parangonar en categoría con los hombres, eso no. A cada nueva conquista del trabajo femenino, los hombres que dependen de este trabajo exclaman: "No debemos consentir que las mujeres entren aquí, porque lo van a hacer más barato y van a echar a perder nuestros salarios". Y a esto se le tacha de egoísmo masculino, cuando por desgracia

'MANA: Atentado contra Maura.-La Soler



D. CARLOS LORREA
El entusiasta del Pilar de Zaragoza y capellán de la Virgen que expulsó del templo a la tiple Rosario Soler

Rosario Soler, la gentil y hermosa tiple cómica, creadora de "Las bribonas", fue el día 22 del actual a Zaragoza con el exclusivo objeto de realizar un acto piadoso en el templo del Pilar. Entró en la iglesia vestida en la forma en que aparece en nuestra fotografía, siendo azul el color del traje, y cuando se hallaba orando ante la imagen de la Virgen, se le acercó un sacerdote que después de llamarle la atención sobre su "toilette", la hizo salir del templo apresuradamente. El suceso ha sido muy comentado por la Prensa.



ROSARIO SOLER
Bella y popular tiple cómica a quien expulsó el día 21 del actual del templo del Pilar de Zaragoza el sacerdote D. Carlos Lorrea, por llevar el traje con que aparece en nuestra fotografía

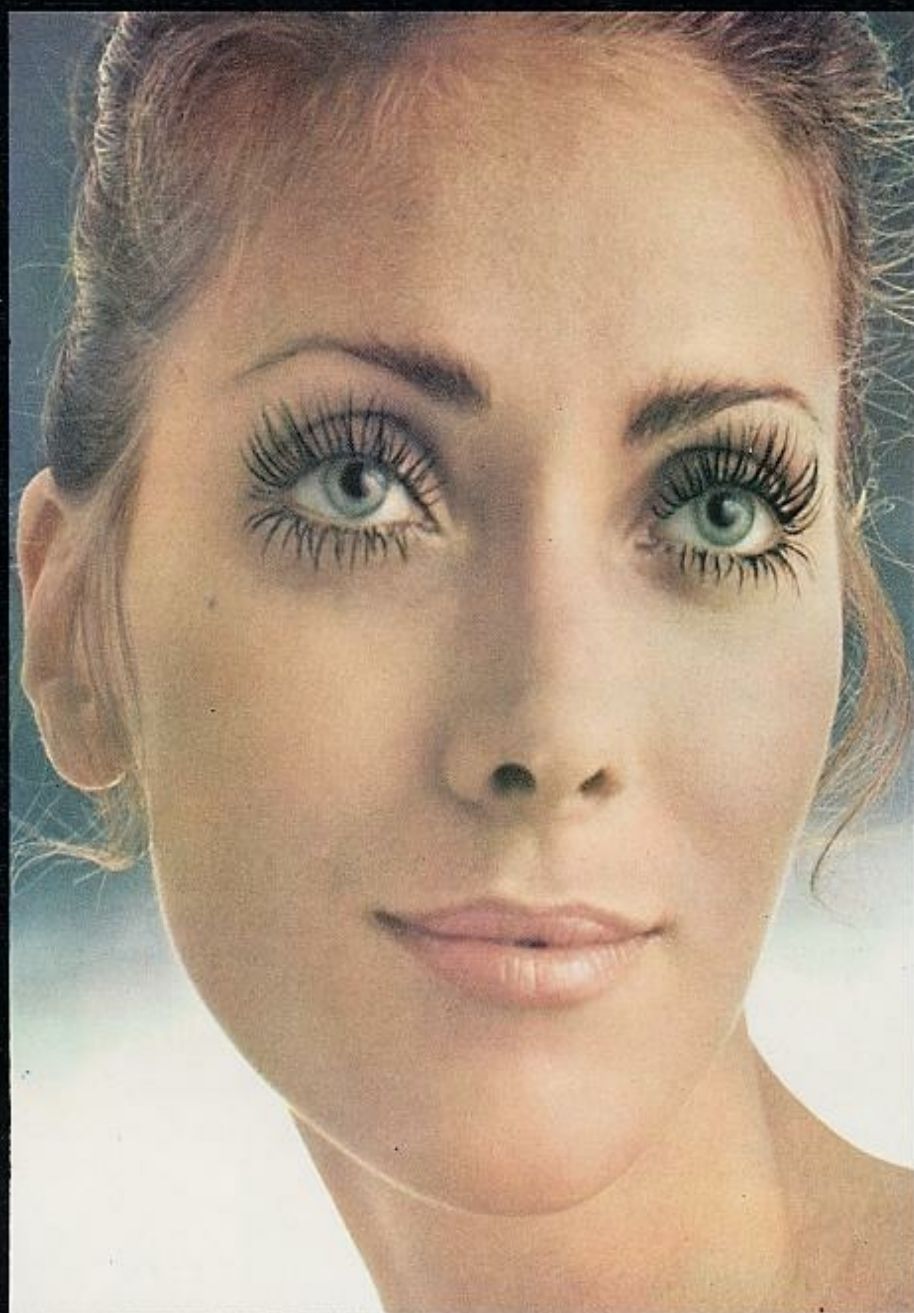


LLEGADA DE MAURA A PALMA
El jefe de los conservadores al ser colocado sobre la cubierta del "Miramar" en el automóvil que le condujo a su casa

MORALIDAD 1910

El pie de foto de «Nuevo Mundo», 28 de julio de 1910, dice: «Rosario Soler, la gentil y hermosa tiple cómica, creadora de "Las bribonas", fue el día 22 del actual a Zaragoza con el exclusivo objeto de realizar un acto piadoso en el templo del Pilar. Entró en la iglesia vestida en la forma en que aparece en nuestra fotografía, siendo azul el color del traje, y cuando se hallaba orando ante la imagen de la Virgen, se le acercó un sacerdote que, después de llamarle la atención sobre su "toilette", la hizo salir del templo apresuradamente. El suceso ha sido muy comentado por la prensa».

modelos que en su infancia le habían sido suministrados para componer esa imagen brillante y triunfadora yo los conozco bien, porque soy de su misma quinta. No venían de Pablo y Virginia ni de mademoiselle de Lespinasse, sino del cine, de aquel olimpo inalcanzable y fascinador que era en nuestra infancia la pantalla, mucho más que ahora. Marilyn en Los Angeles y yo en Salamanca nos escapábamos al cine a la menor ocasión; vivíamos en el cine, soñábamos en el cine, llorábamos en el cine y, al salir del local, la vida era oscura y vacía; nada había ni podía haber comparable a los besos que sabían dar Greta, Marlene, la Crawford y Jean Harlow, aquellas mujeres distantes y privilegiadas cuyos rostros coleccionábamos en estampitas y que, aunque parecieran de mentira, vivían de verdad en alguna parte del mundo. Marilyn, además, las tenía cerca, las pudo ver al natural alguna vez, pudo parecerla posible el prodigio de llegar a convertirse en una de ellas. «Cueste lo que cueste», se diría. Y ya se sabe lo que le costó, el posar casi desnuda para el fotógrafo Tom Kelly y asumir con cinismo el escándalo que las fotografías levantaron. «¿Por qué lo hizo usted?», le preguntó años más tarde un periodista. «Porque debía tres meses en la pensión», contestó ella. Pero, aunque nadie nos ha dicho que ella prefiriese ese camino mejor que otro, su imagen de «pin-up» en 1956 estaba acuñada irremisiblemente, y cuando se le quebró y empezó a hacersele insoportable ya era tarde para cambiar de piel. No pudo. No supo. No la ayudaron. Nadie la podía ayudar. Dos años antes de su muerte alguien había hablado de que su personalidad intentaba rebelarse contra la imagen de la «pin-up», que asomaba otro intento distinto en «Vidas rebeldes». Pero quedó en intento, porque habría sido un camino muy duro y largo; porque nadie dejaba de ver su cuerpo, su anatomía, aquel estilo que era ya tan inherente a ella. En 1962 se dio por vencida en la lucha. Estaba enferma de los nervios, nadie entendía lo que le pasaba, ya no le podían servir aquellos gestos cínicos y alegres con que había venido amparando su vacío y dando tumbos y palos de ciego hasta llegar a ser esa Marilyn Monroe que veían todos, que no la dejaban entre todos quitarse de encima y cuyas famosadas estaba condenada a padecer hasta la muerte. Hubo que interrumpir el rodaje de «Something's got to give» porque a la estrella le pasaban cosas raras. ¿Qué le podía pasar? Nadie lo sabía. «Las crisis nerviosas de Marilyn —ha explicado para salir **SIGUE**



Crème Magistrale Guerlain

Se llama «Magistral»... porque sus resultados y efectos así la califican. Suave, ligera, fina y penetrante, reafirma los tejidos, atenúa las arrugas y nutre la piel de una forma verdaderamente «magistral».

De venta en un número limitado de Depositarios por él seleccionados.

¿Por qué "Insuperable"?



Porque es un brandy que surge de un afán de superación... Es el resultado de experiencias largas y tenaces. Para ello, la Firma GONZALEZ BYASS cuenta con un patrimonio de valor incalculable: sus viñas, las más importantes del campo de Jerez.

¿Cómo llega a ser "INSUPERABLE"?

El brandy "INSUPERABLE" llega a ser "desde" el vino de Jerez, se hace con el tiempo, se elabora en un silencio de años y se cuida de generación en generación.

En las inmensas naves de las Bodegas de GONZALEZ BYASS es mimado por manos expertas, encerrado en viejas botas construidas con ricas maderas de roble.



¿Quién bebe
"INSUPERABLE"?

El brandy "INSUPERABLE" se encuentra siempre en aquellos ambientes en los que se sabe admirar la dificultad que lleva consigo toda perfección...

El brandy "INSUPERABLE" solamente puede ser apreciado en su justo valor por quienes perciben la sutil diferencia que existe entre lo "bueno" y lo "INSUPERABLE"

Esta es la razón de nuestro mensaje:



SU CATEGORIA
PERSONAL
LE EXIGE UN
BRANDY



"INSUPERABLE"

GONZALEZ BYASS



tapisom

"S-1000 Confort"

NIETO IBERICA, S.A.

La única obra de arte que está permitido pisar.

Haga del suelo el lugar más atractivo de su hogar "TAPISOM S-1.000 CONFORT" es un suelo-descanso para salas de estar confortables (blando, acogedor y muy limpio); un suelo silencioso para dormir los pasos (absolutamente insonorizante); "TAPISOM S-1.000 CONFORT" es blando como un cojín y resiste el trato más duro que Vd. pueda imaginar, sin alterarse.

Pero no se confunda sólo TAPISOM fabrica el nuevo revestimiento "TAPISOM S-1.000 CONFORT", el cojín de pelo mullido.

Ocho variedades y setenta colores diferentes. De venta sólo en los mejores establecimientos.

Envíe este cupón a NIETO IBERICA, S. A.
 Olite, 37 - Pamplona

Deseo información y características técnicas.

Deseo que me visite personalmente

Mi nombre _____ N.º _____

Mi dirección _____

Población _____ Teléfono _____

LA MUJER ESPAÑOLA EN LAS CANCIONES

Por MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

del paso un biógrafo apresurado—, aureolada por el oropel del triunfo exterior, se hacían más graves y profundas como fruto de la acumulación de sus experiencias personales, súbitamente agudizadas por algún reactivo cuya exacta naturaleza desconocemos». A Emma Bovary nos han contado que la mataron sus deudas, a Marilyn ese «reactivo cuya exacta naturaleza desconocemos» y que, desde luego, no podían ser las deudas, porque nadaba en el lujo y la abundancia. Los pretextos se encuentran siempre que se buscan, es lo de menos. Estas mujeres son hermanas y su muerte es la misma. Se habían dado a valer mediante la exaltación de su femineidad y no les bastó, hubieran necesitado un aprecio más difícil y más caro. Una murió en la total ceguera, la otra entreviendo algún camino que hubiera podido llevarla a la luz; pero las dos de la misma enfermedad, de la impotencia de aguantarse a palo seco a sí mismas, al fallarles las referencias a la imagen falsa que de sí mismas las habían obligado a componer y que era, a pesar de todo, lo único que tenían, lo único que las sujetaba.

A lo largo de los ciento seis años que separan las muertes de madame Bovary y de Marilyn Monroe, se ha gastado en el mundo mucha tinta y saliva discutiendo hasta la saciedad si las mujeres son más o menos inteligentes que los hombres, si valen o no para los mismos trabajos, si tienen o no los mismos derechos, si su educación debe ser igual o diferente, si propenden más o menos a la pasión; pero debajo de estas interminables discusiones latía y sigue latiendo, sofocada entre tanto vocerío, una cuestión que nada tiene que ver con las leyes, exigencias y soluciones que han venido formulando los feministas y rechazando los antifeministas, ni con tanto clamor y exhibicionismo de libertad, ni con lo conseguido o por conseguir en este campo de batalla que más bien nos huele ya un poco a puchero de enfermo; esta cuestión que, en vista de las revanchas y victorias femeninas, cada día menos se le ocurre a nadie proponerse, sea por recelo o por desorientación, yo me la he formulado muchas veces, y ahora que viene a cuento no está de más sacarla a relucir: ¿por qué las mujeres tienen tanto, tantísimo miedo, un miedo tan específicamente distinto a la soledad? ¿Por qué se echan en brazos de lo primero que las exima de buscarse en soledad? O, dicho con otras palabras, ¿por qué se aguantan tan mal, tan rematadamente mal —y cada día peor— a sí mismas? ■ C. M. G.

PARA huir de cualquier posible interpretación "campista" de esta antología de canciones, me limitaré a una introducción sumaria y al agrupamiento de las canciones por racimos temáticos. He recogido piezas de treinta años de vigencia en el cancionero de consumo español, relacionadas con el tema de la mujer. He prescindido de canciones como "La guapa", "La otra", "La Lola se va a los puertos", "La Mariamparo", "La Carmen de España", etc., por ser más conocidas y haber dado de sí todo el jugo interpretativo posible. He escogido canciones que tuvieron su actualidad y, sin respetar un orden cronológico, las someto a la consideración del lector para que advierta hasta qué punto, en lo fundamental, aquí no ha cambiado ni un grano de arena de las orillas del Guadalquivir. Es cierto que gran parte de la juventud española se mueve y remueve en persegimiento de la música "underground"; pero en la ignorancia del inglés, su vinculación canora es más gimnástica que comunicativa.

Cuando un joven peón de albañil quiere asombrar a los transeúntes con su sentimiento y su buena voz se pone a cantar "Maresita, María del Carmen", de Manolo Escobar, canción que hoy, en 1970, está en la línea de las dos canciones a la madre que aquí reproducimos, oriundas de los años cuarenta y cincuenta. Luego, ese mismo muchacho es muy capaz de echarse a bailar acompañado por las estridencias sonoras de la música progresiva, pero su sentimentalidad sigue alimentada por casi todos los contenidos que rezuman estas canciones. No es este el caso de ciertos sectores de juventud urbana, de extracción pequeño-burguesa, fuertemente repugnado por la brillantina y la caspa de la sentimentalidad a la española. Pero sería desconocer el país, ponerle el rostro de esos

adolescentes con melenas que tienen "posters" en sus habitaciones.

Hay una idea de la mujer española que está contenida en la selección que he hecho. Una idea contradictoria, reprimida, represora, mixtificadora, que inventa una mujer convertida en bestia de lujo o en bestia pia y que nunca hace mención al papel de bestia de carga que desempeña la mayor parte de la mujer española. Adorada en los altares del hogar y en los altares discográficos, nunca se ha mostrado un sadismo histórico-social tan claro como el que cotidianamente se perpetra contra ella. Sobreviven a su alrededor tabúes de paternalismo mandarín, se la cría para el himeneo y el piramidalismo social, como se puede criar al capón para guisarlo con ciruelas y, a cambio, se le otorga la reverencia emocionada al tronío, al señorío de su renuncia.

ANIMAL VERSÁTIL POR EXCELENCIA, LA MUJER, CUAL CASQUIVANA GALLINA EN BUSCA DEL GALLO QUE LE MONTE UN PISO DE RENTA LIMITADA O DEL AVESTRUZ QUE LE COMPRE UN ABRIGO DE VISON, VA POR EL MUNDO DESHOJANDO LA MARGARITA DE SU INCONSCIENCIA; DE AHI QUE SIEMPRE PRECISE UN CIERTO PROTECCIONISMO ECONOMICO SOBRE SU PERSONA, FUNDAMENTADO EN LA TRIADA CAPITOLINA DE LA MASCULINIDAD: DIOS, EL PADRE Y EL MARIDO. PUES DE LO CONTRARIO, EL DIABLO (EL O LOS AMANTES) LA MANCILLAN Y LA ABANDONAN EN CASTRO URDIALES, EN UNA PENSIÓN DE TERCERA.

Tienes mucho cuento

Eres guapa y eres coqueta, como lista eres un portento; también tienes muchas pesetas, pero, ¡tienes mucho cuento!



Que me quieres con gran locura yo te escucho en todo momento, sin embargo, no te hago caso, porque ¡tienes mucho cuento!

(Fragmento)

Caprichitos de mujer

Tú-Tú.—La mujer que conseguir quiere una cosa, si se pone cariñosa la tendrá, pues el hombre en cuanto ve que ella le anima, lo que quiera, si la mima, le dará.

Gilberto.—Si me pides que te un Gran Turismo, [compre lo tienes ahora mismo, matrícula C. D.

Yo-yo.—Es mejor que te regale una berlina, porque hoy la gasolina se huele y no se ve.

SIGUE